

LA RELACION ENTRE PARTIDOS POLITICOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES:

## FEMINISMO Y PARTIDOS DE IZQUIERDA

Judith Astelarra



## I. INTRODUCCION:

### RELACION PARTIDOS POLITICOS-MOVIMIENTOS SOCIALES

Los movimientos sociales, en tanto que expresan las reivindicaciones de ciertos grupos o clases sociales, han existido históricamente antes que los partidos políticos. Durante el siglo XIX se produjo una gran cantidad de revueltas sociales, canalizadas a través de los distintos movimientos sociales y de las cuales surgieron los distintos partidos políticos como expresión tanto de los intereses de los grupos sociales en cuestión como de la expresión de distintas alternativas ideológicas y programáticas.

Por ello, sorprende la sorpresa con que hoy los partidos políticos, especialmente los de izquierda, se enfrentan a la existencia y demanda de los movimientos sociales. En el caso de la izquierda latinoamericana, esto es aún más sorprendente, pues si algo ha caracterizado a su historia es la profunda importancia que los movimientos políticos y sociales han tenido, desde el proceso mismo de independencia. Dentro de este contexto parece interesante el análisis de la relación entre movimiento feminista y partidos políticos de izquierda, tanto en lo que dice relación con los aspectos ideológicos como con los de la acción política.

El feminismo ha sido enfrentado con hostilidad, cuando no con rechazo por parte de los partidos políticos latinoamericanos, especialmente los que se encuadran dentro de concepciones marxistas-leninistas. El supuesto esencial de estos partidos de ser la vanguardia de la revolución y, por lo tanto, ser capaces de expresar todas las contradicciones sociales y producir la transformación revolucionaria de las sociedades, les ha hecho rechazar toda propuesta del feminismo como alienante e irrelevante.

¿Por qué es esto así? En líneas generales, pensamos

que debido fundamentalmente a dos tipos de problemas:

1) En primer lugar, porque el feminismo ha puesto en cuestión diversos aspectos centrales de los partidos de izquierda, tanto en lo que respecta a sus supuestos teóricos como a su práctica política.

2) En segundo lugar, porque los partidos de izquierda padecen de rasgos patriarcales tanto en sus concepciones como en la praxis de la mayoría de sus militantes. Al ignorar y/o rechazar la existencia de estos rasgos, se perpetúa una práctica de negación sistemática de la especificidad de la opresión de las mujeres y de las formas de hacerle frente y superarlas.

Pero al rechazar los rasgos patriarcales de la sociedad, los partidos de izquierda no sólo eluden resolver el problema de la explotación de las mujeres, sino que ignoran también la importancia de transformar la vida cotidiana y las relaciones interpersonales, en lo que tienen de relaciones de poder.

El análisis de la relación entre partidos políticos y movimientos sociales es por tanto fundamental para entender las posibilidades de transformación de las sociedades. Si por hacer una revolución se entiende algo más que transformar el estado y nacionalizar los medios de producción, debemos enfrentarnos a temas tales como el de la participación de todos los miembros de la sociedad en los procesos políticos y económicos, es decir, el modo de profundizar la democracia; la problemática de las necesidades sociales e individuales; la necesidad de transformar la vida cotidiana de la gente; el problema de los derechos individuales; y otros temas cuyo análisis ha sido escaso, cuando no ajeno, a los partidos de izquierda latinoamericana.

Muchos de los problemas que aparecen hoy en esta relación no son nuevos, pues han existido históricamente en la vinculación de los partidos de izquierda con el movimiento obrero. En algunos países el movimiento obrero y sus organizaciones han sido más fuertes que los partidos, tomando opciones propias. En otros, han sido los partidos los que han afianzado su situación controlando el accionar del movimiento obrero. La tradición que haya predominado hace que la forma con que hoy los partidos de izquierda enfrentan el surgimiento de estos nuevos movimientos sea diferente. Sin embargo, creemos que en el caso del movimiento feminista, se plantean problemas comunes en casi todos los casos.

En esta ponencia se describirán, por tanto, lo que consideramos que son problemas comunes que el feminismo ha enfrentado en su vinculación con los partidos de izquierda, y más específicamente con los partidos leninistas.

## II. LA CONTRADICCION ENTRE LA PRACTICA FEMINISTA Y LA DE LA IZQUIERDA

El movimiento feminista que aparece en los años se-



setenta y setenta y que se ha extendido a diversos países latinoamericanos en los últimos años, no sólo se ha planteado una serie de objetivos para hacer frente a la discriminación que sufren las mujeres, sino que ha propuesto una forma distinta de organizarse y hacer política. Tomando en cuenta que la mayoría de los grupos feministas contemporáneos han sido formados por mujeres que vienen de los partidos de izquierda, o cuya práctica política ha sido en la izquierda, el punto de referencia comparativo que se ha tomado en muchos casos ha sido el de superar la propia práctica discriminatoria hacia las mujeres de estos partidos.

S. Rowbotham (1979) señala que el movimiento feminista está desafiando los supuestos de la izquierda sobre como se deberían organizar los revolucionarios socialistas al cuestionar temas tales como la forma en que estos grupos conciben la teoría; cómo se ve la relación entre organización política y movimientos; cómo se analiza el problema del cambio de conciencia; cómo se define el campo de la política y cómo los militantes se ven a sí mismos en relación con el resto de la gente. En lo que respecta al análisis sobre las mujeres, el marxismo tiene un notable subdesarrollo, subdesarrollo que se extiende también a los temas tales como subjetividad y humanismo. Esta debilidad ha sido puesta de manifiesto por el movimiento feminista, pues el feminismo necesariamente debe enfrentar tanto los aspectos objetivos como los aspectos subjetivos de la realidad social, enfrentando ambos como problemas políticos. Lo personal también es político: este ha sido uno de los ejes centrales en los cuales se ha desarrollado la propuesta feminista.

### El desarrollo teórico

El intento de elaborar un marco teórico propio que fuera adecuado para describir los mecanismos de opresión de las mujeres ha sido una de las prioridades para los grupos feministas. Las mujeres que provenían de la izquierda se encontraron con que el marxismo, en todas sus corrientes, era inadecuado para responder a la gran cantidad de preguntas que se estaban haciendo desde el movimiento.

El problema no estaba solamente en los conceptos usados para describir lo que los grupos marxistas han acostumbrado a llamar "la cuestión femenina", considerando que era un problema secundario y un subproducto de la problemática de clase. Más allá de la pobreza conceptual de la izquierda sobre la temática femenina, las feministas se encontraban insatisfechas del modo mismo como se concebía y se creaba la teoría. El desarrollo teórico y los marcos conceptuales mismos se habían convertido en un discurso abstracto, lejano a los seres humanos concretos y a sus inquietudes cotidianas. En una sociedad en que la técnica y la ciencia se han convertido en fuente de poder, el manejo del discurso teórico también era una fuente de poder entre los militantes revolucionarios.

Este hecho aparecía claramente en las reuniones, en las que rara vez las mujeres hacían uso de la palabra. Cuando, merced a la presión del movimiento feminista que comenzaba a organizarse, los partidos

aceptaron debatir temas relacionados con los problemas de las mujeres, pocas veces se escuchaba a las militantes hablar con la claridad y franqueza que empleaban cuando estaban solas. Largos años de silencio tenían su efecto aún cuando debatían aquello que les era propio. Es por ello que, siguiendo la propuesta feminista, las mujeres comienzan a organizarse en forma autónoma. Junto con ello se plantean buscar nuevas formas de organización y expresión que les posibilite encontrar los conceptos adecuados para describir y explicar su opresión, y los mecanismos a través de los cuales ésta se perpetúa.

De la propia experiencia se crean y desarrollan los grupos de base del movimiento feminista: los grupos de autoconciencia. En ellos, a partir de hablar de la experiencia vital de cada mujer, se van buscando los problemas comunes a todas ellas. En estos grupos las mujeres descubren que infinidad de problemas que hasta el momento han sido visto como problemas individuales, son en realidad problemas colectivos. Que en la base de todos ellos hay un componente común: el poder que los hombres detentan en las relaciones entre hombres y mujeres y que se expresan de mil maneras tanto en la vida cotidiana como en las organizaciones e instituciones sociales. Que para poder explicarlos no hay un cuerpo teórico ya elaborado, y por tanto no existen dogmas, sino que hay que desarrollar un camino difícil y a veces penoso de búsqueda y elaboración.

Es así como se desarrollan conceptos nuevos tales como la diferencia entre sexo y género; los factores de poder que condicionan a la mujer y que no se refieren sólo al poder político, tal como se entiende en su sentido clásico; la concreción histórica de la división sexual del trabajo; la relación entre historia y desarrollo de la subjetividad; etc.. En una palabra, así nace lo que luego se ha definido como la teoría sobre la sociedad patriarcal y sobre sus mecanismos de dominación.

Este nuevo enfoque teórico permite a su vez realizar una nueva lectura del pasado de las mujeres. El rescate histórico de las mujeres de entre las tinieblas se convierte en una de las áreas más importantes para el movimiento. A las mujeres les ha sido negado el conocimiento de su participación en la construcción de la historia. La historia oficial, escrita por los hombres, no señala cual ha sido la contribución histórica de las mujeres. La historia del movimiento obrero también ignora la participación de las mujeres en sus luchas. No se explica la discriminación que las mujeres han sufrido en el seno de los sindicatos y de los partidos de izquierda. La "cuestión femenina" no es más que un capítulo olvidado que ha sido escrito por algunos de sus teóricos en el siglo pasado, debido a que por aquellas épocas también había existido un movimiento feminista, el sufragismo, que había hecho las mismas preguntas que nuevamente vuelven a repetirse las mujeres. Así, la izquierda ha manipulado la historia al parcializarla y excluir de ella la participación de un sector.

Esta manipulación para excluir a las mujeres de la teoría y de la elaboración teórica no sólo afecta a las mujeres, sino que se ha convertido en parte de una práctica política más generalizada en la que cada vez aparecen con más fuerza rasgos de sectarismo y dogmatismo. Cuan



do la realidad social no cabe en los esquemas ideológicos y teóricos, simplemente se la excluye de ellos. Esto que en el caso de las demandas de las mujeres es ostensible también aparece cuando nuevos sectores sociales plantean sus propios problemas y contradicciones con las líneas oficiales de análisis y elaboración de estrategias y tácticas. El énfasis absoluto en que lo único prioritario es la conquista del poder, entendiendo por éste el aparato del estado, lleva a ignorar todos los mecanismos de opresión que existen en las sociedades modernas. El costo posterior es el establecimiento de sistemas socialistas de corte autoritario en los que la participación popular inicial va siendo sustituida en el tiempo por la acción de las burocracias del partido y el estado. Sistemas que ciertamente no han podido eliminar la discriminación de las mujeres.

Este dogmatismo teórico tiene su correlación en una práctica sectaria. Todos aquellos que no comparten en su totalidad las líneas oficiales son considerados como "herejes" que deben ser expulsados cuando se trata de militantes del partido o despreciados cuando se trata de militantes de otros partidos. En general los partidos de izquierda han desarrollado un léxico de malas palabras, etiquetas que se cuelgan a los que piensan diferente y que tienen por objeto descalificarlos en su acción política personal.

Es por ello que cuando el movimiento feminista, y dentro de él los grupos feministas socialistas, se propone construir nuevos marcos teóricos, se propone también buscar una nueva forma de hacer teoría que no parta de supuestos dogmáticos y que permita aprovechar todas las categorías que han sido desarrolladas por los distintos movimientos revolucionarios en el transcurso de la historia, al mismo tiempo que se desarrollan nuevas categorías de análisis. Esto es así, no simplemente por un intento voluntarista de corregir errores, sino porque la problemática misma del feminismo lo exige. Los mecanismos de opresión patriarcal no son solamente mecanismos estatales o económicos. Los factores de construcción de la personalidad y de desarrollo de la subjetividad forman parte esencial de ellos. De allí que para comprenderlos y transformarlos hay que analizarlos en toda su complejidad usando conceptos que provienen tanto del marxismo y las otras corrientes socialistas como del psicoanálisis y de los estudios de muchos autores anarquistas.

Las mujeres, por lo tanto, no sólo exigen que la izquierda incorpore dos o tres temas sobre la mujer en sus programas de acción política. El feminismo ha cuestionado, de alguna forma, el discurso mismo de la izquierda. De allí las dificultades y enfrentamientos que muchas veces se ha producido entre las feministas y los partidos de izquierda. Sin embargo, el feminismo, al igual que otros movimientos sociales contemporáneos, puede significar algo de aire puro y renovación, lo cual siempre es importante para los partidos que hacen de la crítica social y de la revolución su objetivo central.

### Las formas de organización

Para las mujeres siempre ha sido difícil la participación en los partidos de izquierda. Ciertamente algunas mujeres podían con-

vertirse en las "militantes" perfectas, siempre y cuando alguien se hiciera cargo de las tareas que debían desempeñar en sus hogares. Estas militantes han tendido a ser las mujeres que menos han cuestionado los aspectos patriarcales de sus partidos, a pesar de que su propia historia los hacía obvios. Pocas de ellas han llegado a ocupar cargos de verdadero poder en los partidos y sus tareas suelen ser prolongaciones de lo que se entiende por actividades "femeninas": secretarías, cocineras, discretas, siempre en un segundo plano. Pero la gran mayoría de las mujeres han permanecido ajenas a la militancia política y cuando han demostrado conciencia de la discriminación que sufrían han sido rápidamente apartadas de sus propios partidos.

Muchas feministas provienen de partidos políticos o siguen manteniendo su militancia en ellos. Pero en los grupos feministas, el movimiento ha intentado, con mayor o menor éxito, buscar formas alternativas de organización, sobre todo de los partidos de "vanguardia". El tema de la democracia, la flexibilidad y el liderazgo han sido los tres aspectos en los que el feminismo se ha mostrado más interesado.

La conciencia que las mujeres tienen del poder en las relaciones personales y del costo que para ellas ha tenido, ha hecho que las feministas sean muy desconfiadas del establecimiento de formas de organización jerárquicas. En este sentido su forma de organización se aproxima más a la de los grupos anarquistas que a la de los partidos leninistas. La jerarquía siempre ha sido el mecanismo por el cual se reproducen esquemas de poder que terminan en la consolidación de aparatos burocráticos dominantes y a las mujeres les ha sido muy difícil poder plantear sus problemas en esta situación. Siempre se ha opuesto a este razonamiento el de la eficiencia, puesto que la tradición de la izquierda considera al anarquismo una forma de organización primitiva superada por la propuesta leninista. En la tradición de las "malas palabras" se descalifica cualquier intento de enfrentar el problema de la jerarquía como "asambleísmo", "democratismo inútil", etc..

Sin embargo, el movimiento feminista ha hecho cuestión de no establecer estructuras formales de liderazgo, caracterizadas por el establecimiento de jerarquías y comités directivos. Así se han desarrollado muchos pequeños grupos, que se coordinan entre sí cuando se trata de realizar actividades concretas y establecer algunos programas generales a mediano plazo. La estructura organizativa es informal y las mujeres suelen ser elegidas como representantes sólo para determinadas ocasiones y objetivos específicos. Esta coordinación no se ha traducido en la existencia de órganos de dirección ni en la fijación de las líneas programáticas por la imposición de la mayoría. Siempre se ha entendido que los objetivos prioritarios pueden ser establecidos de común acuerdo y de allí en más las propuestas minoritarias son tan importantes como las de la mayoría.

Ciertamente en la práctica aparecen líderes y mecanismos de liderazgo informal. Pero, es más difícil consolidar estructuras autoritarias de poder cuando las líderes deben buscar permanentemente formas de legitimación que cuando el poder lo obtienen por el control de la información



y de "aparatos". No es que el feminismo haya resuelto la problemática del poder, pero no la oculta y se prefiere sacrificar la eficiencia en la búsqueda de una organización no jerarquizada.

Con todo, esta forma de organización se ha mostrado como eficiente para los fines que hasta ahora se ha propuesto el feminismo. Se ha impactado a la opinión pública; se han movilizado a gran cantidad de mu jeres; se ha logrado introducir reformas a nivel estatal en los países democráticos.

Un ejemplo de esta eficiencia es el referendun sobre el aborto planteado en Italia. La izquierda siempre ha dicho que no se puede ir a un choque frontal con la Iglesia en los temas de la mujer; que el aborto es un tema que no goza de popularidad; que no es importante; etc.. En este caso, el Vaticano y el Papa (el más carismático de los últimos tiempos) asumieron la causa anti-abortista, movilizando todos los recursos de que disponían, incluyendo la participación directa del Papa en la campaña. La ley de aborto había sido conseguida por los grupos feministas con muchas dificultades, pues los partidos de izquierda se habían negado a presentarla en el Parlamento por considerarla problemática y poco importante. Sin embargo, merced al apoyo de partidos minoritarios y a la campaña desplegada por las organizaciones feministas, finalmente se vota una ley de aborto, que sin satisfacer la propuesta de T movimiento por la gran cantidad de trabas que pone (objeción de conciencia de los médicos, permisos de diversas personas, etc.) es una victoria legal. La propuesta de referendun por parte del movimiento anti-abortista permitió evaluar el grado en que el movimiento feminista había logrado el apoyo de la sociedad italiana en el tema. No sólo se apoyó la ley existente en las zonas industrializadas del país, vale decir, en aquellas con más conciencia política y nivel cultural, sino que en las zonas más subdesarrolladas y donde la influencia de la Iglesia Católica es decisiva.

Así, el movimiento feminista se había enfrentado con éxito a la oposición de la Iglesia y el Vaticano. En varios años de campaña, había logrado que la sociedad italiana entendiera qué significa la posibilidad de aborto para las mujeres. Y ello sin contar con los recursos con que cuentan los partidos políticos y sin rigidizar su organización para lograr "eficacia".

La flexibilidad de las organizaciones feministas ha permitido también incorporar a mujeres que provienen de distintos sectores sociales y que tienen demandas específicas. En general, las mujeres que participan en el feminismo provienen de las clases medias o de sectores de mujeres trabajadoras. En la medida en que son feministas, plantean la necesidad de transformar la sociedad. En este sentido, las mujeres de los grupos más privilegiados de la sociedad no sólo no son feministas, sino más bien son anti-feministas. Las demandas de cambio social pueden ser diferentes, pero el movimiento ha intentado que todas ellas tengan cabida en su seno.

Uno de los problemas de esta forma de organización ha sido, sin embargo, el de mantener la continuidad en la acción y el de la formación de las mujeres nuevas que se incorporan. Al no existir una estructura

formalizada de organización, los grupos feministas tienden a disolverse, aun que nuevos grupos aparecen. Esto es lo que ha hecho que en algunos momentos el movimiento tenga una presencia importante en la sociedad y en otros pareciera que ha desaparecido. Hace también que las mujeres que se incorporan vuelvan a recorrer el mismo camino y a cometer muchos de los errores de las que las antecedieron. El futuro podrá indicar si en su conjunto esto ha sido un obstáculo para conseguir sus objetivos.

Así, el movimiento feminista se ha dado formas organizativas diferentes a la de los partidos de izquierda, sobre todo en el caso de los que practican el centralismo democrático. De hecho las concepciones vanguardistas de estos partidos son radicalmente diferentes a las del feminismo y rechazadas por él.

### Formas prefigurativas de socialismo

El énfasis de la izquierda, tanto la leninista como la democrática, en la política como "asunto de estado", ha hecho que ésta haya tenido poco interés en la transformación de las instituciones sociales que tienen que ver con la vida cotidiana de las personas. En este caso, especialmente, con la transformación de la familia. Cuando la revolución aún no ha sido hecha, se pospone cualquier transformación en el área de las relaciones personales a la "conquista del poder", entendida ésta como un hecho puntual de control del estado.

Sin embargo, ésta es una concepción muy estrecha del poder y muy simplista de la revolución. La historia ya muestra que no necesariamente se transforma la sociedad luego de obtener el poder. Parte del problema ha estado también en la definición muy estrecha de los seres humanos como "hombres productores". La sociedad no la forman sólo hombres, ni éstos son sólo productores. Hay otras dimensiones que deben ser tomadas en cuenta si lo que se quiere es en definitiva no sólo colectivizar los medios de producción sino producir una revolución en las necesidades humanas y en las relaciones sociales.

Es cierto que la izquierda siempre pensó que bastaba quitarle los medios de producción a la burguesía para que todo lo demás se diera por añadidura. Sin embargo, la explotación de clase no es la única forma de dominación social. El cambio ideológico no se produce por transformar la estructura económica. Las transformaciones económicas no sólo deberían referirse a la división social del trabajo, dejando intacta su división sexual, aunque ésta asuma nuevas formas.

El movimiento feminista ha planteado que hay transformaciones que pueden emprenderse antes de la conquista del estado y que constituyen formas prefigurativas de socialismo. La insistencia de los militantes masculinos en mantener intacta a la familia se debe a que en ella ejercitan el poder que les permite dedicarse a la importante tarea de hacer la revolución a costa de explotar a sus propias mujeres. El rechazo a asumir el debate



sobre las formas de poder masculino en las organizaciones de izquierda, por considerar que ellas "distraen al proletariado", no ocultan más que la actitud de cualquier grupo privilegiado de no permitir que se transforme la organización social de modo que pudieran perder sus privilegios.

Pero el problema es que luego de hecha la revolución se transfieren las mismas estructuras de privilegio y se permite que subsistan cuotas de autoritarismo que posteriormente se consolidan en los estados. Es por ello que los grupos feministas socialistas siempre han sostenido que una buena medida de poder predecir en qué medida la revolución será tal y no un mero cambio de forma de estado, es observar cuantos cambios en la vida cotidiana, aquella que sí puede ser transformada en muchos aspectos aunque no se haya cambiado la propiedad de los medios de producción, son practicados por los militantes revolucionarios.

Es evidente que la problemática del estado y la economía es crucial en el planteamiento de la transformación de la sociedad. (Siempre y cuando no sólo se busque eliminar los factores de explotación de clases sino todas las formas de opresión). Pero también se deben transformar muchos otros aspectos de la vida social cuyo origen no está en los factores económicos. Así, hacer la revolución se convierte no sólo en un mero hecho puntual, sino en una tarea más compleja que puede y debe asumirse en el presente, sin postergarla continuamente a la "toma del poder".

En general, las mujeres siempre han planteado problemas de este tipo, pues para la mayoría de ellas, su rol en la familia limita sus posibilidades de participación política. El feminismo, en este caso, lo que ha hecho es reivindicar estas demandas como objetivos políticos tan importantes como los objetivos de política de estado. Es por ello que al señalar que lo personal también es político no sólo está diciendo que en las relaciones personales también se manifiesta el poder, sino que éstas deben ser transformadas antes y después de la revolución. Y aquí siempre ha chocado con la izquierda que ha considerado que tratar estos temas es innecesario y forma parte de los prejuicios de la "moralidad pequeño-burguesa".

El concebir a la revolución como un proceso complejo y como la transformación de diversas instituciones sociales a lo largo del tiempo, plantea una nueva forma de relacionar el estado con la sociedad civil. Nueva en cuanto a lo que se ha convertido en la práctica institucionalizada de los partidos políticos de izquierda.

### III. LA VINCULACION ENTRE LOS PARTIDOS Y LOS MOVIMIENTOS

Para la concepción leninista de partido, éste era la vanguardia del proletariado que haría la revolución. El cuestionamiento que hoy hacen diferentes movimientos sociales de este planteamiento, y que hemos ejemplificado con el caso del movimiento feminista, se refiere en lo sustancial a dos aspectos. En primer lugar al supuesto de que un partido político puede asumir la transformación de todos los aspectos de la realidad social: en este sen-



tido, los partidos no reflejarían todas las demandas sociales. En segundo lugar, a la afirmación de que el proletariado masculino (las proletarias ocupan un lugar específico en la estructura de producción, pues está determinado no sólo por las contradicciones de clase, sino por las de sexo) es el sector social que tiene interés en modificar todos los sistemas de opresión que existen en una sociedad en un momento determinado.

### La transformación de la sociedad

Los partidos políticos se han convertido en organizaciones formales, estructuradas en función de una estrategia cara al estado. Es ta puede ser insurreccional, buscando la destrucción del aparato del estado y su sustitución por otro aparato, diferente tanto en su estructura como en el grupo social que lo controla; o reformadora si pretende producir estas transformaciones a partir del marco legal existente. Siempre y cuando, claro está, pretendan transformar la sociedad. También existen partidos representativos de los grupos privilegiados que buscan mantener el statu-quo.

En todos ellos, el problema del poder es esencial. En un caso se busca el poder para transformar el estado, y en otros para mantenerlo. Para los grupos que buscan la transformación social para eliminar injusticias, la conquista del poder estatal sería el medio más eficaz de construir una nueva sociedad. En este sentido la práctica misma del partido se somete a este objetivo estratégico. Para obtenerlo, y en aras de la eficacia, se legitima una organización que en lo esencial reproduce los sistemas jerárquicos que caracterizan al estado que se quiere transformar. Se espera que, luego de hecha la revolución, el poder se disolverá por sí mismo.

La experiencia histórica demuestra, sin embargo, que en estos partidos se produce una burocratización de los aparatos de poder y que se genera una dinámica de mantención de éste por parte de los grupos que lo detentan. Al anquilosarse las estructuras de poder, también se anquilosan las ideas y la capacidad de estar abiertos a la representación de los intereses de nuevos grupos sociales que aparecen en el escenario político. Pero los partidos se han convertido en el instrumento más eficaz para la gestión o transformación del estado, sin la cual no se pueden producir los cambios sociales a los que aspiran estos nuevos grupos.

Por ello, más que plantear una dicotomía entre partidos políticos y movimientos sociales, lo que cabría preguntarse es cómo lograr mecanismos de vinculación entre ambos. Como señalábamos al analizar al movimiento feminista, jamás los partidos de izquierda habían sido capaces de estructurar objetivos para resolver los mecanismos de opresión patriarcal. Sólo cuando se constituye un movimiento feminista autónomo, las mujeres pueden comenzar una elaboración teórica indispensable para comprender su situación y poder transformarla, y pueden organizarse en torno a objetivos y programas. Pero, necesariamente, se requiere de leyes o de cambios políticos en el estado para poder lograrlos.

Quando se trata de sistemas democráticos, éstos permiten

un mayor o menor juego a grupos políticos y movimientos que no sean partidos en su capacidad de presionar al estado. Pero, en general, son los partidos políticos los que actúan tanto en los parlamentos como en el gobierno. En el caso de dictaduras, la tendencia ha sido presionar por la legalización de los partidos, pues éstos existen aunque sea en la clandestinidad, es decir, a perdir regímenes democráticos. En el caso de partidos insurreccionales, éstos pretenden ser la vía de expresión política de los grupos a los que representan.

De cualquier manera, la necesidad de reivindicaciones políticas cara al estado fuerza a los movimientos a relacionarse con los partidos políticos o a transformarse ellos mismos en uno, con los que pierden la originalidad de sus formas de organización. Desde la perspectiva de los movimientos, entonces, es preciso buscar formas de relación que salvaguarden su autonomía.

En el caso de los partidos, éstos son más o menos receptivos a establecer esta vinculación. Pero, en general, hay por parte de todos ellos (más acentuado en los partidos leninistas) la tendencia a buscar controlar a los movimientos, convirtiéndolos en meros apéndices del partido. Esta práctica ha sido habitual cada vez que un movimiento social adquiere fuerza, y está apareciendo en lo que dice relación al surgimiento de grupos feministas en América Latina. En este sentido, se podría afirmar que el control de los movimientos sociales no es sólo un problema de búsqueda de poder y clientela por parte de los partidos, sino también un problema de concepción del partido.

Si se considera a los partidos como un mero instrumento de transformación política, es decir, se tiene una percepción instrumental de ellos, es posible que se pueda entender ideológicamente la necesidad de que existan movimientos sociales enraizados en la sociedad civil que representan los intereses de numerosos sectores de la población. Si la concepción, como la leninista, es que el partido es la vanguardia de la sociedad, una vanguardia que es capaz de asumir todas las necesidades de transformación social, se verá a los movimientos como competidores o desviaciones innecesarias y en consecuencia se buscará controlarlos o destruirlos.

Probablemente, encontrar formas de vinculación es un desafío importante tanto para los movimientos sociales emergentes como para los partidos de izquierda. Supone, ciertamente, la reflexión crítica por parte de los segundos y la comprensión de sus limitaciones por parte de los primeros. Supone también una nueva concepción de la política, pues los movimientos sociales no sólo están demandando que sus reivindicaciones se conviertan en puntos programáticos de los partidos, sino que se renueve la teoría y la práctica tradicional. Las demandas del movimiento feminista son un buen ejemplo de ello.

El camino no parece fácil, pues como señalábamos hay contradicciones importantes entre ambos. Pero ya se han producido algunos ajustes que podrán ser evaluados en la medida que trascorra el tiempo y los movimientos sociales se consoliden.

## El sujeto de la revolución

Este es un problema complejo que no intentaremos enunciar en este trabajo pues no es su objetivo, pero que es conveniente mencionarlo. Las concepciones clásicas de la izquierda marxista han sido la de que el proletariado (siempre se entendía por tal el masculino, pues nunca se hacía referencia explícita a la diferencia que existe entre hombres y mujeres proletarias debido a la existencia del sistema de dominación patriarcal) es el grupo social que hará la revolución. Los demás grupos o clases (excluyendo a los sectores dominantes de la población) eran considerados "aliados", pero aliados que debían subordinarse a los intereses de los primeros.

Las mujeres han conocido muy bien los resultados de esta concepción. Aunque la izquierda siempre mencionó que existía una problemática específica de las mujeres y que la familia debía ser transformada, la práctica de los países socialistas muestra que no se han eliminado las formas de discriminación y opresión de las mujeres, ni mucho menos se han producido modificaciones sustanciales en la familia. Su ausencia organizada del escenario político, entendiéndolo por tal la falta de organizaciones autónomas que no fueran meras correas de transmisión de las órdenes del partido, es uno de los factores que han contribuido a perpetuar su situación. Los intereses de las mujeres no estaban representados, no ya por las vanguardias del proletariado, sino tampoco por éste como clase social.

Por tanto, no se puede restringir el concepto de revolución a las transformaciones sociales producidas por uno de los grupos explotados, en este caso la clase obrera. En todas las sociedades coexisten por lo menos dos sistemas de dominación: el de clases y el patriarcal. Si no se transforman ambos, difícilmente se podrá construir una sociedad más humana, justa y libre. Y, esta transformación sólo puede conseguirse si todos los grupos afectados pueden reivindicar sus problemas e intereses.

Las sociedades capitalistas modernas se han hecho muy complejas y también su estructura de dominación. Por ende, es necesario revisar las concepciones sobre quienes son los sujetos de la revolución, al mismo tiempo que se revisa qué se puede concebir hoy como revolución de la sociedad, y en definitiva, cual es la utopía que hoy nos podemos proponer. La aparición de movimientos sociales puede ser un buen síntoma de que entra aire fresco en el escenario político. La apertura que sean capaces de desarrollar los partidos políticos ya consolidados a estos nuevos fenómenos será un buen indicador de su capacidad de transformar realmente la sociedad.